

Monseñor José Ignacio Perdomo Escobar



Monseñor José Ignacio Perdomo Escobar, whose 840-page masterpiece El Archivo Musical de la Catedral de Bogotá (1976) was reviewed in INTER-AMERICAN MUSIC REVIEW, 11/2 (Spring-Summer, 1980), 125-126, died at Bogotá Monday, April 28, 1980. According to a kind letter dated December 9, 1980, from the Cultural Attaché at Washington, D.C., Cecilia Isaacs, the Colombian Embassy was "arranging a lecture tour for him in the United States" at the hour of his death. El Tiempo (Bogotá) published the two appreciations of his career that are here reprinted for a wider reading audience.

El Tiempo, 1º de Mayo de 1980

En la galería de los prelados colombianos, monseñor José Ignacio Perdomo, fallecido el lunes pasado en esta ciudad, figura en el grado de lo eximio. La obra que deja como testimonio de su vida alcanza el esquivo linde de lo extraordinario; como pastor de almas, historiador y hombre de excepcionales talentos. En los archivos de nuestra catedral metropolitana encontraba una rica cantera para escribir una obra monumental con el título *El Archivo Musical de la Catedral de Bogotá*. En estas investigaciones el ilustre prelado hallaba los hermosos villancicos que se cantaban por los lejanos abuelos en los templos y en los hogares, muchos de ellos adornados con las más ingenuas y hermosas imágenes de nuestro medio ambiente, en aquel hermoso esfuerzo por injertar en lo español la sabia de la tierra, de lo criollo. Luego amplía el panorama y escribe otro libro *La Música en Colombia*, que bien puede figurar entre las grandes obras americanas.

En los últimos años dio a la estampa otro libro muy de su genio sobre la ópera en Colombia. Nada en este ámbito de la música le fue ajeno. Y como si aún fuera poco, se dedicó a lo largo de los días a formar un precioso museo de instrumentos musicales, entre cuyas colecciones se pueden admirar los órganos de fuelle fabricados en Boyacá; y un piano que muestra una placa que reza: "David McCormick, carpintero y fabricante de pianos". Quizás ese museo, único en Colombia, sea recogido por el Gobierno Nacional, en doble homenaje a los músicos colombianos y al notable prelado que acaba de fallecer.

A todos estos dones, agregaba monseñor Perdomo el buen humor, que en su caso fue una forma de mostrarse más humano.

El Tiempo, 13 de Mayo de 1980

E. Guzmán Esponda

Con su fallecimiento desaparece una de las figuras de mayor valía en el clero secular de Bogotá. Tenía algo de esos abates franceses que vemos—que veíamos—en las no-



velas de Bourget. Inteligente, de vasta erudición, no solo en materias religiosas pero en las más diversas disciplinas, sobre todo, ajenos a la gruesa popularidad.

Fue Pepe—le llamaré así, como le llamé a lo largo de nuestra amistad—uno de esos levitas intachables, procedentes de familias netamente liberales, como el arzobispo Herrera Restrepo y como el famoso canónigo Francisco Javier Zaldúa. Monseñor Perdomo era hijo del doctor Adriano Perdomo, fundador de la Cruz Roja Nacional, y nieto del ilustre jurisconsulto José Ignacio Escobar, verdadera cumbre del foro, de las letras y de la inteligencia colombiana. Perdomo y Escobar, como quien dice, Huila y Antioquia. Y con todo, nada más bogotano que este presbitero, cuya desaparición inesperada ha sorprendido penosamente.

Tuvo Pepe criterio amplio, desprevenido, abierto para comprender a la humanidad, en lo actual y en la historia; sin perjuicio de su fidelidad a ciertas respetables tradiciones, como el uso de la sotana permanente. Y cuando fue párroco de la iglesia de Las Aguas, se complacía en vestir el monumento del Jueves Santo a la verdadera usanza bogotana, con las pequeñas vasijas de trigo recién nacido, precioso emblema eucarístico. Lo que está hoy ignorado, a pesar de los alardes de colonialismo tan de moda.

Fue Perdomo tipo del verdadero investigador. Así lo acreditan obras como su *Historia de la Música en Colombia*, *El Archivo musical de la Catedral de Bogotá*, y *La Opera en Colombia*, obras extensas, circunstanciadas, bien concatenadas, y—cosa no común en los especialistas de la investigación—bien escritas.

La prosa de Perdomo es agradabilísima, fluente, natural, muy personal, tocada a veces con el término clásico entremezclado con el pintoresco modismo regional colombiano.

Siempre figurará Pepe entre quienes dejaron páginas encantadoras sobre esta altiplanicie bogotana, debido a su obra—no la más extensa pero sí la más simpática—titulada *Las Haciendas de la Sabana a vuela pluma*. Tiene ella mucho de antología engarzada por un artífice conocedor de los más amables recodos de su tierra natal, y de las peripecias y consejas de los antiguos latifundios. Valdría muy bien la pena de una segunda edición, que fuera todo lo contrario de los librotos oficiales. Una edición de buen gusto, con estampas adecuadas, con categoría bibliográfica. No importa que no sea "best-seller".

Todo esto, era tema de su grata conversación, no exenta a veces de toques sarcásticos, en las visitas que de cuando en cuando solía yo hacerle en su modesta casa de la calle 70, cercana a la Avenida de Chile. Su modesta casa donde, sin embargo, se albergaban viejos clavicémbalos, armonios desafinados, y el piano clásico de fin y principios de siglo, adquirido para sus hijas, por el doctor José Ignacio Escobar. Una de ellas, Anita, fue la madre de Pepe. Cuando monseñor lo tocaba, se me venían a la mente los divinos versos de D'Annunzio, "Sopra un' Aria cantica" a cuyos acordes resurgen las emociones de otro tiempo.

Gran ausencia la de monseñor, por los alrededores de su casa, y por los prados del Gimnasio Moderno, donde había sido alumno, y tiempo después capellán, y profesor. En la preciosa capilla gimnasiana se celebraron sus exequias, ante nutrido número de amigos que fueron a acompañar a sus hermanos en tan penoso trance.